



DISCURSO TREINTA Y TRES

LA POLÍTICA SIN DIOS

Expedit ut unus moriatur homo pro populo.
Conviene que muera un hombre por la salud
del pueblo.

(JOAN., II, 50.)

EXORDIO

Sublime y arre-
batado.

CONQUE ¿conviene que muera Jesucristo por la salud y
felicidad de vuestro pueblo? ¡Oh consejo desatinado!
¡Oh locos y desatentados consejeros! Ya me responderéis
cuando, inundada de carros y soldados la comarca, veáis
ondear en vuestras torres y baluartes las águilas romanas,
sedientas de ruina y destrucción; cuando oigáis el estrépito
guerrero de trompetas y atambores, y el silbar de las sae-
tas y piedras arrojadas, y la vocería de los combatientes,
y los lamentos y aquejados ayes de heridos y moribundos;
ya me diréis entonces si conviene ó no á la salud y bienest-
tar de la república que muera Jesucristo: *Expedit ut unus*
moriatur homo pro populo. ¿Osaréis decir en aquel trance que
es bueno, y al pueblo saludable, que Jesucristo muera,
cuando veáis los arroyos de sangre y los montones de ca-
dáveres; cuando se os hundan con horroroso estruendo los
cuarteados edificios; cuando caigan á vuestra vista desma-
yadas y sin vida vuestras esposas; cuando, dondequiera
que volváis la atónita mirada, halléis la crueldad que se
embravece, y el furor que todo lo trastorna y arrebatada, y
la muerte inexorable que todo lo señorea? ¡Oh!, no dirán
tal las infelices criaturas é inocentes pequeñuelos, comidos

Proposición par-
ticular *hypótesis*,

por ironía y exclamación.

Razón á conse-
guentibus y atec-
tos de terror:

hipótesis de la
ruina de Jerusa-
lén:

prosopopeya, enumeración y repetición enfática.

congeries

é imagen lastimosa,

incremento.

Confirmación por la divina justicia

y autoridad.

Epilogo y transición

de sus madres, acosadas de rabiosa hambre; no dirán tal los gallardos mancebos de Jerusalén, vendidos cada treinta como esclavos, al precio vil de un mezquino sueldo; no pensarán así los ancianos miserables, que morirán cincuenta cada día en afrentoso madero. No os ceguéis, desventurados; por ninguna manera os conviene que Jesucristo muera: *Non expedit ut unus moriatur homo pro populo*. No conviene ni al divino santuario, que será profanado con abominables torpezas; ni á vuestro hermosísimo templo, que será abrasado y reducido á escombros; ni al sacrosanto altar, donde serán degollados, en lugar de beceros y cabríos, los jóvenes floridos y las vírgenes de Jerusalén. No conviene á la célebre piscina, que se henchirá, en vez de agua saludable, de sangre de tus moradores. No conviene á tus bosques y arboledas, cuyos troncos se convertirán en palos de crucificados y malhechores. No conviene á tu sacerdocio, que perderá su autoridad; no á tu reino, que perderá su jurisdicción; no á tus oráculos, que enmudecerán; no á tus profetas, que perderán sus visiones; no á tu ley veneranda, que por este golpe va á quedar como inmundo cadáver, sin sangre, sin vida, sin veneración, sin ritos ni ceremonias que ostentar, ni menos fuerza para salvar á sus discípulos y seguidores.

Que vive Dios en la cumbre de los cielos para derribar y confundir á los hinchados y altaneros gobernantes que siguen más la falsa y pernicioso razón de estado que no la luz resplandeciente de la justicia verdadera, y quiere su Majestad con ejemplos espantables declarar á todas las gentes y á todas las generaciones de los siglos que no hay sabiduría que prevalezca contra Dios, ni prudencia ó consejo de hombres contra el consejo de Dios: *Non est sapientia, non est prudentia, non est consilium contra Dominum* ¹.

Vedlo, católicos, en aquellos malhadados consejeros; vedlo en aquel pueblo sobre todos los pueblos desdichado. Acordaron que muriese Jesucristo para no venir á manos y á la servidumbre de Roma, y vinieron á manos y á la servidumbre de Roma, porque acordaron que muriese Jesucris-

¹ Prov., XXI. 30.

to. Tan fácil y liviano es á su divina Majestad desbaratar las trazas de los príncipes y deshacer en humo sus malvas maquinaciones; tan hacedero mostrar á las naciones que toda política que se funda no en principios de honestidad y justicia, mas en sugestiones y miras de interés, es arte no menos perversa que desaprovechada, infecunda y perjudicial; arte maldita que no tiende á establecer y afianzar los estados, sino á destruirlos; no á enriquecer á las familias, sino á empobrecerlas; no á labrar la felicidad de los ciudadanos, sino su desastre y desventura. Verdad capitalísima, que con el favor divino me propongo demostrar para común provecho, á saber: que **jamás es útil lo que no es justo y honesto**; y, así, que nadie se llame á engaño creyendo locamente que le **servirá ser impío para ser feliz**.

á la tesis ó proposición universal.

semillas de los argumentos:

proposición.

PARTE PRIMERA

II

Arg. 1.º A Jesuismo.

Mas, en primer lugar, confiésoos, católicos, que medio me confundo y avergüenzo de tratar en el corazón de la cristiandad argumento semejante, como si cupiera duda, entre cristianos, en cosa que tan clara y manifiesta pareció á los gentiles, ¡Con qué fuego y elocuencia no combatió Marco Tulio á los primeros forjadores de la extraña filosofía, que sostiene que puede ser útil lo que no es honesto! ¿No los llama, por ventura, turbadores del público sosiego, destruidores de la república, quebrantadores de toda amistad, perseguidores de la virtud y revolvedores del género humano? Pasa luego á contar un caso peregrino que bien puede confundirnos y humillarnos. Hablando, dice, en el Agora de Atenas el senador Temistocles, indicó que tenía que proponer un consejo á la república, utilísimo, mas que no quería proponerlo en público, y que así le señalasen sujeto con quien secretamente lo comunicase. El señalado fué Aristides, y, aparte como estaban, le descubrió Temistocles un ardid para prender fuego en las naves de Esparta, ciudad

Transición por vía de corrección.

Los gentiles asentaron que no puede ser útil lo que no es honesto.

Luego ¿qué deben sentir los cristianos?

Antec. por Tulio, y definición.

por ejemplo

enemiga, pero aliada y confederada suya en aquella sazón. Oída la traza, torna Aristides al Senado, que ansiosamente le aguardaba; donde, dejados aparte los pormenores, sólo dijo vagamente que el dictamen de Temístocles era útil, pero no justo: *Perutile est consilium Themistoclis reipublicae, sed minime honestum.* ¿Cómo?, gritaron todos á una voz, sin distinción de órdenes ni clases; ¿cómo puede ser? Si el tal consejo no es justo, tampoco puede ser provechoso á la república: *Quod honestum non est, non potest esse utile;* y con esta gritería y desabrimento, sin darle siquiera oídos, lo rechazaron. ¡Tan arraigado estaba en aquellos consejeros, según concluyen Cicerón y Plutarco, el convencimiento de que no puede ser útil lo que repugna á la justicia! *Ut quod justum non erat, minime putaretur esse utile.*

contraste de la superstición gentilica,

Si pues á la lumbré natural de los gentiles parecía esta verdad tan manifiesta, ¿cómo es posible que titubee el cristiano, que tiene en su favor el testimonio infalible de la verdad infinita? Aquellos desgraciados, sepultados en las tinieblas del paganismo y sombras de muerte, no creían, como nosotros creemos y confesamos, que las suertes y sucesos de los hombres están colgados de las manos de un solo y omnipotente Dios, único hacedor del mundo. Admitían en su ceguedad y reverenciaban muchedumbre de dioses y diosas, entre sí diversísimos y discordes, y así no es maravilla que uno de ellos favoreciese la virtud, y patrocinase otro la maldad. Y así, ¿qué vicio había que no tuviese sus divinidades protectoras, en las olímpicas moradas ó en las profundidades del averno? Amparaba Júpiter á los adúlteros; Mercurio á los ladrones; Venus á los lascivos; Marte á los iracundos; Plutón á los avaros y codiciosos. Por donde sus adoradores podían colorear su culpa y sostener que podían ser los vicios provechosos alguna vez, dado que los mismos dioses los defendían y amparaban.

y la creencia católica.

Mas nosotros, hijos de la luz y adoradores de la ley de Jesucristo, que reconocemos que hay un Dios único y verdadero, gobernador del universo mundo, tan amigo y favorecedor de la virtud como enemigo eterno y castigador del vicio, ¿cómo podemos imaginar que con artes malvadas solicitaremos su benevolencia? ¿Cómo por vías crimi-

nales esperamos granjear su protección? Colgados están de su balanza nuestra prosperidad y buen camino, nuestras medras y abatimientos, de suerte que sin su voluntad no cae un pájaro en el lazo, ni se menea una hoja de los árboles. Sentencia es del Espíritu Santo por el Eclesiástico: Que en manos del Señor está la felicidad del hombre, los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la virtud y el buen nombre; de Dios vienen y á su voluntad se reparten: *In manu Dei prosperitas hominis, bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas a Deo sunt*¹. ¿Qué política tan desvariada, pues, para alcanzar prosperidades, ofender al dador de ellas é injuriar al autor de todo bien? ¿Parécenos arte sublime y bien encaminada política, para recabar mercedes, lanzar agravios contra el bienhechor; para conseguir favores, valernos de villanías y ultrajes?

Confirmación por entimema.

Todo está en manos de Dios:

por autoridad:

Luego es locura ofenderle para medrar.

III

Arg. 2.^o
A modo de ejemplo.

(general,

Mas oigo la respuesta que me dais; es á saber: que este argumento de Dios nuestro Señor, tal vez carece de fuerza este argumento; porque, como hace su Majestad tan poca estima de los bienes perecederos de la tierra, no es de maravillar que los ponga también en quien nada los merece. Que deja la repartición de ellos al curso y movimiento de las causas segundas, las cuales, sin estos miramientos, los derraman más copiosa y largamente á los más industriosos y trabajadores.—No sigáis, católicos; he aquí un racionio falsísimo é injurioso á la bondad divina, pero tan llevado y traído de los malos, como especioso y acomodado para deslumbrar á los simples; mas oidme, os ruego, y palparéis el engaño. ¿No hizo siempre Dios nuestro Señor la misma estimación de los bienes temporales? ¿No se valió siempre de las causas segundas en la misma forma y providencia? Si es así, como lo es, hallo en el curso de los sucesos humanos que jamás valió al impío su impiedad en orden á la

Transición por anticipación.

—Dios no hace caso de los bienes terrenes.

Resp. por silogismo oratorio.

Dios siempre es el mismo.

¹ Eclli., xi, 5 y II, 14.

Mas antiguamente prosperó á los buenos y castigo á los malos:

consecución de esa felicidad terrena tan apetecida, y que al mismo fin. ¿Os extraña, católicos, esta proposición? Con gusto mío os la probaría con la historia en la mano, sacando á plaza los varones más ilustres y bien afortunados que han florecido desde el principio del mundo; mas comoquiera que tamaña empresa sería, si no ardua, pero sí demasíadamente prolija para este lugar, me ceñiré á algunos ejemplos memorables.

Proposición menor, 1.ª parte. Por inducción bíblica y comunicación rápida.

Noé, de patriarcas,

José, su ensalzamiento,

ficción prosopopéyica,

conclusión oratoria.

Moisés, primera hipótesis,

segunda hipótesis:

Decidme, pues: cuando en el diluvio universal dispuso Dios salvar una familia para repoblar la tierra, ¿cuál escogió su Majestad? ¿Por ventura la de un lascivo, ó la de un justo y temeroso del Señor? No eran Isaac, Jacob y José, patriarcas santísimos, los más ricos y acaudalados de su tiempo? Y, singularmente, al castísimo José ¿le aprovecharon por ventura más para encumbrarse al trono egipcio los artificios de la maldad, ó la fuerza de la virtud y la inocencia? A tiempo que resistía el purísimo mancebo á los pérfidos halagos de la malvada hembra, presumo yo que alguno de esos hombres, que se gobiernan sólo por nortes de interés, le diría blandamente al oído:—José, va mucho en granjear el favor de una mujer tan rica, tan influyente y poderosa: á su sombra y con su valimiento podrás medrar, y aun introducirte en la privanza de Faraón, ó en el sagrado honor del sacerdocio: huella, pues, los respetos de virtud y cumple su deseo.—¿Y qué arbitrio más perjudicial á la prosperidad y bienandanza de José que seguir tan malvado consejo? Cierta que su resistencia y recato le valieron por el momento la cárcel y los grillos; mas esa cárcel ¿no fué, disponiéndolo así la divina Providencia, el camino de palacio? y esos grillos ¿no le fabricaron resplandeciente corona? Si Moisés, deslumbrado con el lustre de la real diadema, que, según Filón, quería el monarca de Egipto poner en su cabeza, se quedara en la corte y siguiera sus nefandos ritos y costumbres abominables, ¿llegara jamás á capitán ilustre y libertador del pueblo de Dios, terror y espanto de reyes y hacedor de maravillas? Porque rehusó ser deudo de Faraón, hizole su divina Majestad á manera de Dios sobre el mismo Faraón: *Ecce constitui te Deum Pha-*

raonis¹. Y ¿á quién se otorgó la posesión de la tierra prometida? ¿Por ventura á los perturbadores del pueblo, á los adoradores del becerro de oro, á los despreciadores de la Majestad de Dios? Ni uno tan sólo de ellos, con pasar de seiscientos mil, puso los pies en la bendita tierra. Y los que derribaron tantas murallas y desbarataron tantos ejércitos ¿no fueron un Josué, un Caleb, un Otoniel, un Gedeón y otros caudillos esforzados y santísimos, para quienes la virtud y rendimiento al Señor fué manantial perenne de prosperidad? Así lo anota el Eclesiástico, diciendo: que el cielo los prosperó, para que entiendan todos cuán bueno y provechoso es servir y obedecer á Dios. *Ut viderent omnes, quia bonum est obsequi sancto Deo*².

Y llegándonos á los tiempos de los reyes, ¿á cuál de ellos le sirvió de provecho la maldad, y no más bien de ruina y desventura? Dadme uno siquiera, y me rindo y os doy gustoso la palma. Si consiguió Saúl empuñar el cetro de Israel por sus prendas de virtud, ¿no lo perdió por el desenfrenamiento de sus vicios? Si David probó también la amargura de la adversidad, ¿no fué acaso cuando traspasó los divinos mandamientos? Y á su hijo Salomón, ¿qué bien le fué con anteponer á las riquezas la sabiduría del cielo! Gran ventura, por cierto, que no tomase por consejeros en aquel caso á algunos de estos políticos aventureros y sin Dios, porque ya oigo que le dirían á una voz: «Señor, madure vuestra Majestad lo que más le conviene; no precipite el juicio, no aventure la elección. ¿Han de faltar, acaso, en los estados de vuestra Majestad doctores ilustres, sabios magistrados, esclarecidos jurisconsultos que ventilen las causas y decidan con acierto las controversias? No es la ciencia lo que hace poderosos á los reyes. Cumple á vuestra Majestad trabajar con ahinco por la dilatación del señorío, la prosperidad del comercio, el acrecentamiento de la hacienda, y que se hinchan las arcas del tesoro; de otra suerte nuestros enemigos se reirán, no sin motivo, al ver á vuestra Majestad cercado de libros, pero escaso de dinero; cargado de sabiduría, pero desprovisto de armas y pertre-

¹ Ex., VII, 1.—² Eccli., XLVI, 12.

Consejo desastroso, chos militares. Tal hubiera sido, á no dudarle, el torcido parecer de estos políticos, que tienen más cuenta con la falsa razón de estado que con la justicia y verdadera religión. Pero ¿cuánto mejor le avino á este monarca con guiarse por las máximas de honestidad, que no por respetos de terrenales ambiciones! Y si, corriendo los días, comenzó á eclipsarse la estrella de su ventura, ¿cuál fué la causa sino por desviarse su corazón de los caminos de Dios á los resbaladeros de sus locos apetitos?

Trad á la memoria la serie de sus descendientes, los reyes de Judá, y hallaréis siempre que los más prosperados y favorecidos de Dios fueron los que más al justo se conformaron con sus santos mandamientos. Ezequías, Joatán, Josafat, el rey Josías, ved aquí los monarcas poderosos que fortalecieron más plazas, los que acaudalaron más tesoros, derramando por el reino torrentes de riqueza y bienandanza; los que desbarataron más ejércitos y entonaron más veces el canto de victoria. Hubo otros cuyos sucesos felices ó desastrosos siguieron el compás y movimiento de sus buenas ó malas costumbres, como es de ver en Joás, en Ocías y en Manasés. Mas los otros reyes, lo mismo de Judá que de Samaria, menospreciadores constantes de la ley y mandamientos del Señor, fueron constantemente desgraciados. Si no, decidme: ¿en qué reinado hirvieron más rebeliones y tumultos? ¿cúyas fueron las huidas y derrotas? ¿cúyos los destierros? ¿cúyas las cadenas? ¿de quién los desastres y tribulaciones, cuya simple narración mueve á lástima los corazones de piedra?

Mas ¿á qué buscar nuevos ejemplos en confirmación de esta verdad, si clarísimamente la atestigua el mismo Espiritu Santo en el libro de Judith? Leed en él y hallaréis en cifra la maravillosa historia del pueblo escogido, y la medida con que reparte su divina Majestad los tesoros de su protección. Mientras no pecaron, dice, en el acatamiento de Dios, estaban con ellos los bienes y prósperos sucesos: *Usque dum non peccarent in conspectu Dei sui, erant cum illis bona*¹. Y adondequiera que entraban sin arco, sin saeta, sin

¹ Judith, v. 21.

escudo y sin cuchillo, el Dios de ellos combatió en su lugar, y venció: *Ubi cumq; ingressi sunt sine arcu, et sagitta, et absq; scuto et gladio, Deus eorum pugnavit pro eis, et vicit*¹.
Y añade estas palabras, muy dignas de vuestra ponderación: Y no hubo quien se atreviese á insultar á este pueblo, sino cuando se apartó del culto y religión de su Señor: *Ei non fuit qui insultaret populo isti, nisi quando recessit a cultu Domini Dei sui*².

Y, llegado á este punto, desearía que me dijeseis: Dios nuestro Señor ¿gobierna el mundo como lo gobernaba en tiempo de estos reyes, ó ha cambiado de estilo en el regimiento de los hombres? Respondedme: ¿hanse mudado las máximas y dictámenes de su entendimiento? ¿son otros los propósitos y querer de su voluntad soberana? ¿Podéis imaginar que ama ahora la maldad, que entonces entrañablemente aborrecía y castigaba? ¿ó tal vez que, fatigado de la providencia de sus criaturas, ha cedido las riendas del gobierno al ciego acaso ó á inteligencias malignas, ó ha entregado las balanzas de la justicia á las divinidades gentílicas, que amparaban como á porfia y galardonaban al malvado y criminal? ¿Qué novedad ha pasado por la tierra? ¿quién ha trastornado las leyes de la naturaleza? ¿quién ha arrebatado á Dios el cetro y gobernalle del mundo? ¡Oh blasfemia! ¡oh desacato enorme á la infinita Majestad, no ya decir, pero aun sospechar, tan loco desvarío! *Ego Dominus et non mutor*, nos declara él por Malaquías.³ Yo soy el Señor, y no me mudo. Soy el mismo, y no llegan á mi excelsa Majestad las mudanzas de los siglos. Pues siendo esto así, ¿en qué pensamiento cabe hacerse impío para lograr buena dicha y recabar favores de su diestra? ¿No es esto presumir con soberbia altanería, y como si no hablase con nosotros el Profeta Rey cuando asegura que el rostro del Señor mira á los obradores de maldad: *Vultus Domini super facientes mala*,⁴ no por cierto para enriquecerlos, sino para despojarlos; no para ensalzarlos y engrandecerlos, mas para abatirlos y borrar su memoria de sobre la haz de la tierra: *Ut perdat de terra memoriam illorum*?⁵

¹ Ibid., 16.—² Ibid., 17.—³ Mal., III, 6.—⁴ Ps. XXXIII, 17.—⁵ Ibid.

IV

Arg. 3.º-15.º ejemplo.

Paralelo entre Herodes y Constantino.

1.ª parte. Virtud y vicio.

por antiteſis

y dialogismo.

2.ª parte. La justicia de Dios.

por comunicacion.

descripcion

6.º incremento.

Venturas de Constantino, desgracias de Herodes.

contraste de paz à paz.

Mas, para que no creáis que voy mendigando pruebas en mi favor en solo el pueblo judío, gobernado con singular y exquisita providencia, pasemos adelante y poned los ojos en el malvado Herodes, que por su antigüedad es llamado en las historias el Mayor, y yo os presentaré al purísimo Constantino, que por sus hazañas y cristiandad mereció el renombre de Grande. Propóneseles á entrambos la matanza de niños inocentes, en razón, aquel de asegurar la posesión del trono, éste de conservar la vida. Al punto responde el cruelísimo tirano Herodes: Derrámese enhorabuena y corra á torrentes la sangre de los niños, con tal que no pierda la corona. Responde Constantino: Muera yo, pero no se haga tal carnicería, ni se vierta por mi vida una gota de sangre.—Sentenciad vosotros, y decidme: ¿qué valió más: á Herodes su corazón de tigre, ó á Constantino su justicia y compasión? El buen emperador, que no consintió aquel desmán, quiso Dios que sanase de su incurable dolencia y gobernase el cetro por dilatados y felices años. Herodes, el sanguinario Herodes, que ejecutó la matanza, perdió en castigo la corona, y contrajo, al poco tiempo, horrible enfermedad. Famoso es el desastrado remate del malvado político cuando, viéndose caer á pedazos las carnes empodrecidas y mandando arroyos de gusanos, y no pudiendo sufrir los dolores de los nervios encogidos, el encendimiento de la calentura, y menos el hedor que le salía ó de la podredumbre de los miembros ó del huelgo de la boca emponzoñada, intentó acelerarse la muerte clavándose el cuchillo en la garganta.

Sobre esto, si Constantino tuvo que apaciguar algunos levantamientos al principio, luego le dió el Señor sabrosa paz; mas aunque Herodes probó en los comienzos alguna paz, fué trabajado después con guerras y sediciones intestinas, y su mismo hijo Antipatro se conjuró contra él y maquinó secretamente envenenarle. Por donde acaeció que Constantino creaba césares á sus hijos, y Herodes á los su-

vos los encerraba en cárceles y apretaba con cadenas. ¿Qué digo cárceles y cadenas? ¿No corrió por entonces aquel dicho abominable, pero cierto: *Melius est Herodis porcum esse, quam filium*: porque el tirano, como buen judío, perdonaba la vida á los sucios animales y la arrancó á sus dos hijos, sin que se le estremeciese el corazón de padre? Y si el ser amado forma gran parte de la felicidad del hombre, mayormente de reyes y monarcas, y el ser aborrecido, por el contrario, se estima por extremada desventura, ¿cuán diferentes fueron Herodes y Constantino? ¿Quién dirá las estatuas de oro y plata, los arcos de triunfo y los trofeos de victoria que los pueblos alzaron al valeroso y humilde Constantino en tributo de amor y gratitud? No así el tirano Herodes. Una águila de oro que había él mismo levantado á su memoria, la derribó por tierra y la hizo pedazos el pueblo, revuelto y escandalizado. ¿Qué más? Cuenta Josefo que nada atormentaba tanto al iracundo príncipe como el considerar el contento indecible que de sus calamidades y vecina muerte sentirían sus vasallos; y que así, lleno de furor y braveza, mandó llamar con maña y encerrar en el circo á los varones principales de Judea, y dió orden que, en la hora que expirase, los matasen súbitamente, para que, dijo, toda la provincia, aunque le pese, haga llanto en mi muerte, ya que en vida así me aborreció.—Decidme ahora, mis oyentes: para alcanzar dicha y felicidad ¿qué artes tenéis por más ventajosas: las de que se valió Herodes en la matanza de los inocentes, ó las que usó Constantino vedando todo derramamiento de sangre? Ciego ha de ser quien no lo vea, y protervo y contumaz quien no se rinda á verdad tan manifiesta.

V

Pero ¿no nos predicán unánimemente todas las historias, eclesiásticas y profanas, que los mejores caminos para subir y valer, y que nos colme Dios de prosperidades, son los rectos de la justicia y sinceridad, y no los tortuosos de la malicia? Traed á la memoria á los tres ilustres emperadores Joviniano, Valentiniano y Valente. Decidme: ¿por qué

de hijos á hijos.

de amor universal

á universal aborrecimiento.

Catastrofe

y efecto sangui-

3.ª parte. Conclusión.

Arg. 4.º Inducción y argumento teológico.

2) Los emperadores de Occidente.

sendas se encumbraron al trono de los Césares, sino por las más alejadas y, al parecer, más opuestas? Retiráronse los tres de los ejércitos de Juliano Apóstata, cuyos capitanes eran, por no seguir las impías ordenanzas del renegado emperador. Pero no tardaron mucho tiempo en entrar como emperadores en la corte de donde salieran como desterrados.

Y ¿qué prudencia de mundo aprobara el arte maravilloso y peregrino que tenía de gobernar el emperador Honorio? Fijaos un poco y aprended de política cristiana. En viéndose amenazado de numerosos enjambres de bárbaros y cercado de espadas enemigas, movía él guerra inmediatamente á los donatistas de África, perturbadores de la Iglesia y negadores de la fe de Jesucristo. Y con este retirar las fuerzas y volverlas contra los herejes, lejos de enflaquecer el imperio, lo fortalecía, porque el Señor universal de los estados tomaba su defensa. ¿A quién no le pareciera lo contrario? «¿Qué hace? (rugiríase entre sus mal avisados consejeros), ¿qué hace el emperador? ¿qué es esto? ¿dónde está la cordura? ¿dónde la política y celo de la conservación de la corona? Están los godos y los hunnos inundando nuestras fronteras, y asuelan ya las provincias de Occidente, y, como si no bastaran tantos enemigos para destrucción y ruina del Imperio, ¿vamos á irritar á los feroces africanos? Puesto caso que la parcialidad de Donato se empeñara en desasosigar á Roma, fuera justo trabajar por todas las vías posibles de atraerla á nuestra amistad; y, sin más que porque son herejes, ¿embraveceremos su coraje contra el bien común? Que se tome severísima venganza de los enemigos de Dios é injuriadores de la santa Iglesia, está muy puesto en razón; mas la prudencia demanda que se aseguren antes los intereses de la república; porque, de otra suerte, vendrá á tierra la república y no se mantendrá en pie la religión.

En semejantes términos hubieran discurrido aquellos políticos sin Dios; mas cuán erradamente, lo mostró el mismo suceso. Porque el dador y conservador de los imperios se encargaba de afianzar más seguramente el de Honorio, cuanto por causa de religión parecía más á riesgo de perderse.

Y ¿no combatió el mismo Señor con ejércitos y armas invisibles en favor del emperador, dando muerte á doscientos mil, entre godos y hunnos, capitaneados por el valiente Radagaso? Y, como si fuera poco tan regalada protección, deshizo Dios las trazas y quitó la vida en espacio de un año á siete tiránicos pretendientes y usurpadores violentos, á Alarico, á Constantino, á Constante, á Máximo, á Jovino, á Sebastián, á Sacro, y á otros rebeldes y poderosos que, como lobos carnívoros, se abalanzaban contra Honorio, con intento de arrebatarle la vida y la corona. Y al fin reinó con tan extremada felicidad, que se decía comúnmente que andaban á porfía, Honorio en resistir y desbaratar á los enemigos de Dios, y Dios en resistir y desbaratar á los enemigos de Honorio. Y si una vez, por desgracia, prevalecieron los bárbaros y entraron á saco la ciudad de Roma, decidme, os ruego, ¿cuándo acació este desastre? ¿No fué cuando, vencido de las importunaciones de los suyos y por falsa razón de estado, dió libertad de conciencia á herejes y gentiles? Entonces cayó Roma en poder del bárbaro coraje; entonces se abrasaron en vivas llamas los templos y soberbios edificios; entonces se desplomaron é igualaron con el suelo sus torres, que desafiaban á las mismas tempestades; entonces sobrevino aquel estrago y asolamiento que hizo verter lágrimas amargas al glorioso San Jerónimo y exclamar: *Peccatis nostris barbari fortes sunt* ¹. Por nuestros pecados, los bárbaros se han hecho fuertes. Y que tal pecado y condescendencia fuese la causa verdadera, vióse manifiestamente; porque luego al punto que, reconociendo el emperador su engaño, revocó la ley y se desveló como antes en la extirpación de las herejías y propagación del nombre de Jesucristo, tomó Dios la mano por Honorio y mudóse el semblante de la cosa pública; murieron las cabezas principales, desmayóseles el corazón á los demás, y la nación goda, de encarnizados enemigos, trocáronse en defensores de la Ciudad Eterna.

Pluguiera á Dios que la premura del tiempo me diese licencia para recorrer los fastos de los otros señores del Im-

¹ Epist. 1 ad Heliod.

é incremento:

santa porfía entre Dios y Honorio;

El saqueo de Roma: sus causas;

la confirmación á consequentibus;

la tolerancia religiosa castigada;

la unidad de fe guardada.

Los otros emperadores,

perio, que estoy seguro, católicos, que todos darían testimonio de esta soberana providencia. Veríais los mismos acontecimientos, los mismos altibajos de infeliz ó próspera fortuna en ambos Teodosios, en Arcadio, en Justino, en Justiniano, en Mauricio, en Heracleo y en todos los demás, desgraciados cuando subordinaron la santa religión á los intereses del Estado, y bienaventurados y pujantes cuando sujetaron los intereses temporales del Estado al bien y defensa de la religión.

Argumento teológico.

Mas ¿á qué traer testimonios de hombres, cuando tenemos el del mismo Dios? Decidme, oyentes míos: la miseria, la desventura y todas las calamidades, ¿no vinieron al mundo por causa del pecado? Ciertamente que sí, responde el Eclesiástico. La muerte y el derramamiento de sangre, y la contienda, y la servidumbre, y la opresión, y el hambre, y el quebrantamiento, y los azotes, sobre los injustos fueron criados, y por causa de ellos se hizo el cataclismo ó diluvio universal: *Mors, sanguis, contentio, oppressiones, fames, et contritio et flagella super iniquos creata sunt; et propter illos factus est cataclysmus*¹. El pecado inundó el mundo en torrentes de amargura y desolación; el pecado ha traído las guerras sangrientas; el pecado la desvalida pobreza; el pecado las pestilencias contagiosas; el pecado las carestías y hambres; el pecado los temblores de tierra y las inundaciones de los ríos; el pecado la infamia, el pecado la deshonra, el pecado la misma muerte: *Per peccatum mors*. ¿Y en qué juicio bien sentado cabe que el pecado sea medio á propósito para esquivar la desgracia y no para incurrir en ella? No es el pecado la fuente de todo mal y el atizador de todas las miserias? No, no puedo concebir tal desatino. Si un malvado, pues, con sus malas artes lograrse algún buen suceso, algunas riquezas ú honores, debe tenerse á maravilla y por caso accidental; de suyo, y de ley ordinaria, jamás sucederá.

¹ Eccl., XL, 9-10.

El pecado es la causa de todos los males:

por conglobación polistindeton y

repetición enfática.

Luego el pecado no es medio para mediar.

VI

Arg. 5.^o
REPETICIÓN

Responderéis que está bien, que mis razones serán, es cierto, valederas é incontrastables, pero que no podéis resistir á la evidencia de los ojos y al testimonio de los hechos. Que el mundo siempre estuvo lleno de impíos dichosos y felices; que este, al parecer, moral desconcierto aguzó las plumas de infinitos escritores contra la Providencia, y desató las lenguas de muchos que se arrojaron á negarla; en fin, que es verdad tan manifiesta la de que los malos son los prosperados y favorecidos de la fortuna, que para negarla sería preciso quemar las historias de los pueblos, los discursos de los oradores, las sátiras de los poetas y hasta las lamentaciones de los profetas, los cuales, como escandalizados de la prosperidad de los impíos, exclaman: *Quare via impiorum prosperatur*?¹ ¿Por qué el camino de los malos es favorecido?—¿Es ésta la dificultad que os trae vacilantes y turbados? Y ¿pensaréis con ella que me habéis atajado y convencido! Oid cómo se desvanece vuestra duda.

¿Conque el mundo siempre abundó en impíos dichosos y felices? Falso de toda falsedad: en el mundo ha habido, sin comparación, más impíos miserables y desfavorecidos que no ricos y bienhallados; si bien la buena dicha y la prosperidad campean más en la gente ruin y de estragadas costumbres, como en sujeto más extraño y desconveniente. Pero demos que sea así, os lo concedo gustoso; ¿qué colegís contra mi razonamiento? ¿Luego el vicio es provechoso, luego la impiedad es útil, luego para ser feliz sirve y ayuda ser impío, que es la proposición que yo combato? Malamente deduciríais esta consecuencia. Y ¿queréis saber en qué consiste vuestro engaño? En que vosotros imagináis que alcanzaron favor y buena andanza por el vicio y la maldad, y yo sostengo que á pesar del vicio y la maldad, y merced á alguna obra buena, ya sea cristiana, ya natural ó moral, consiguieron esa tal cual prosperidad postiza y pa-

¡En el mundo han abundado tanto los impíos felices!

Luego el vicio es provechoso:

amplificación por inducción histórica

y autoridad.

Resp. 1.^o Negando el antecedente.

Resp. 2.^o Negando la consecuencia

por silogismo copulativo.

¹ Jerem., XII, 1.

sajera. *Seminanti justitiam merces fidelis* ¹, establece por principio la Verdad eterna. Al que sembrare justicia, se dará fiel y ajustada recompensa. Por manera que, no dejando Dios obra buena sin galardón, como no deja obra mala sin castigo, misericordiosamente dispuso que fuesen remunerados con aquella breve felicidad y gozo temporal los que estaban destinados á tormentos eternos.

Cruelos fueron los godos, mas enemigos de toda carnalidad; ferocísimos los hunnos, mas ajenos de todo regalo; de genio devastador los vándalos, pero enemigos jurados de la idolatría. Fueron los romanos supersticiosos por extremo, mas se aventajaron grandemente en rectitud, en liberalidad, en magnanimidad y nobleza, en fidelidad, en templanza y en amor al bienestar de sus vasallos. En la nación turca y mahometana es notable su obediencia y acatamiento á los gobernantes; otros veréis que se señalan en la fidelidad conyugal, otros en el respeto á la hacienda ajena, otros en otras virtudes ó buenas cualidades. Y lo mismo podría dilatarse á los personajes célebres de la historia, á Hierón, á Pisistrato, á Dionisio, á Fálaris, á Periandro, á Mario, á Graco, á Sila y á otros innumerables que gozaron de floreciente fortuna en medio de la impiedad y desenfreno. Malos fueron y corrompidos, es verdad, pero comprobóse en ellos que tiene fundamento aquel tan manoseado dicho: que los grandes vicios suelen ir acompañados de grandes virtudes.

Por esto Dios nuestro Señor, que debía castigar sus maldades por toda la eternidad, quiso pagar antes sus obras buenas con breve y proporcionado galardón; quiso premiar aquellas virtudes flacas y de tierra con bienes terrenos y fugitivos; aquella sombra de bondad con sombra de felicidad menguada y aparente, con insignias de mando y señorio, con victorias estrepitosas, con triunfos pomposos, con riquezas y blasones y con otras suertes de felicidad temporal; que es decir, con las migajas de la mesa de Dios, con el polvo de sus pies, con las cercenaduras y heces que son arrojadas de los palacios de la gloria. ¿Quién no ve, por

¹ Prov., xi, 18.

consiguiente, que lejos de debilitar esfuerzan mi argumento estas razones, comoquiera que, aun entre los gentiles y desheredados del cielo, fueron más afortunados y favorecidos, según demuestra largamente San Agustín en los maravillosos libros de la Ciudad de Dios, los que más se distinguieron en el ejercicio de las virtudes, si no macizas y reales, al menos contrahechas y aparentes?

VII

No es esto decir que Dios en su altísima providencia no permita á las veces que el malvado, con su maldad y bajas raperías, no escale el poder ó adquiera riquezas y bienestar. No digo lo contrario, católicos; pero afirmome en que tampoco en este caso debe llamarse útil la maldad, ni provechosa la política sin Dios. Preguntaréme por qué. Porque siempre serán mayores y más espantosos los daños que se causarán de ella, que no los bienes que momentáneamente nos deslumbran. Sentencia es del Espíritu Santo en los Proverbios: La prosperidad de los necios, ésta misma los perderá: *Prosperitas stultorum perdet illos* ¹. Y ¿cómo dice los perderá, y no los pierde, de presente? Porque no siempre acontece que la tal prosperidad produzca luego y de repente sus desastrados efectos, sino calladamente y por sus pasos. Esperad un poco, y veréis atónitos en qué se remata aquel puesto honroso, conquistado á poder de injusticias y bajas; aquellos montones de oro, teñidos con la sangre de los pobres; aquel lujo y pomposo alarde de grandeza, sustentado á costa de gente desvalida y de jornaleros mal asalariados.

¿Nunca leisteis en Job que Dios nuestro Señor se divierte, algunas veces y juega con los malos y los zarandea, y así los encamina á lastimoso fin? Dios lleva, dice, á término desdichado á los perversos consejeros: *Adducit consiliarios in stultum finem* ². No dijo á malos principios, sino á malos fines y acabamientos funestísimos. Deja que alcen la famosa

¹ Prov., i, 32.—² Job, xii, 17.

Dios no deja obra buena sin galardón:

Pero los impíos prosperados tuvieron algo bueno:

por contraste é inducción de pueblos,

los bárbaros,

los romanos,

los moros

de personajes célebres.

Conclusión inmediata,

conclusión final,

Arg. 6.º Refutación. Muchos cedieron por medios ruines:

Largo es provechosa la maldad.

Resp. Negativo la consecuencia.

por el fin funesto de ambiciosos y tiranos.

autoridad

ejemplos sagrados.

Babel y Siloé.

los profetas,

conclusión por el mil de la estatua de Babilonia.

Transición.

Arg. 7.^o
Confirmación del santuario: por inducción.

Trágico fin de los emperadores griegos.

Nicéforo,

sus comienzos orgullosos,

su remate destruido.

Estauracio y León.

torre de Babel, mas luego confunde sus lenguas y los derrama por el mundo. Deja que levanten la torre de Siloé, pero después ordena que sean sepultados entre sus escombros los necios edificadores. Este engaño trajo á muchos débiles á pensar que es á las veces bien afortunada la impiedad; esto escandalizó en cierta manera á los profetas, y los movió á querellarse amorosamente de la divina Providencia; porque fijaban sus ojos y corazón en los comienzos de los malos, y no en sus remates infelices. No lo hacía así el Profeta Rey; antes, aguardaré, dice, hasta ver las postrimerias de ellos: *Donec intelligam in novissimis eorum*¹. Miraron aquéllos la estatua de Babilonia, y absortos, embelesados y como fuera de sí en la contemplación de la hermosísima cabeza de oro, no bajaron inmediatamente los ojos á mirar sus pies de feo y quebradizo barro. Confirmémoslo ya, y escuchadme con atención.

VIII

Si ha habido en el mundo, después del advenimiento de Jesucristo, hombres astutos que con malas mañas llegaron á la cumbre del poder y á colosal riqueza y señorío, fueron sin duda los emperadores, ó dígase tiranos, de la Grecia. Decídme ahora: ¿hubo jamás, desde que el mundo es mundo, imperios de más tragedias y desventurados sucesos? A fuerza de arterias, traiciones y perjurios usurpa Nicéforo el trono del Oriente á la emperatriz Irene, su legítima poseedora. Y ¿adónde le llevó su dañada ambición? Agobiado de pesadumbres y contratiempos, pero no ablandado con los castigos del cielo, llamábase él mismo *Nuevo Farabón*, no tanto en las plagas y miserias, cuanto en lo duro é intratable de su pecho; hasta que, vencido y desbaratado por los búlgaros, le cortaron éstos la cabeza, y, haciendo una copa de su cráneo, brindaron en ella los capitanes del ejército. Apoderóse del gobierno Estauracio, mediante ilegítimo casamiento; apoderóse también León Armenio, por vía de

¹ Ps. LXXII, 17.

rebelión y tumulto; mas ¿tardaron mucho en ser despedazados y hechos cuartos, aquél en guerra desastrada, éste sobre el altar que había deshonrado? En aquella famosa conjuración, tan bien urdida, subió del calabozo al solio imperial el celebrado Miguel Balbo, y cargado como estaba de cadenas el cuello, de esposas las manos y de grillos los pies, hizo que le acatasen todos y reconociesen vasallaje; mas, como se envaneciese con la próspera fortuna y tomase atrevimiento para desposarse con una doncella y virgen del Señor, rebelósele al punto la Esclavonia, son destrozados los ejércitos que mandara allí en razón de sosegar el levantamiento, y, no cayendo en la cuenta de su pecado, fué consumido de vergonzosa enfermedad.

El malvado emperador Teófilo llegó casi á borrar de la cristiandad el culto de las sagradas imágenes; mas presto recibió su merecido, y acabó miserablemente de rabia y desesperación, por una rota que su gente recibió de las huestes sarracénicas. Y aquél, reputado por su fiereza y liviandades el *Nerón de Oriente*, Miguel III, dió muerte á los tutores de la corona y desterró á su propia madre, para poder gobernar más libremente; mas, de ahí, ¡qué de odios en los particulares y plebeyos!, qué de tramas y sediciones en los capitanes y soldados, los cuales le arrancaron por fin la vida, mientras Miguel, cargado de vino y de sueño, reposaba! Osó Alejandro tocar al santuario y robar las alhajas de los templos para enriquecer el tesoro público; mas pagó pronto su infame sacrilegio trastornándosele el juicio, y, no cumplido aún el año de su reinado, vomitó la vida con la sangre de su pecho. ¿Qué diré de Romano, primero de este nombre? Logró mañosamente asentár á un hijo suyo en la silla patriarcal de Constantinopla, desposeyendo á su legítimo pontífice; pero el mismo año quiso Dios que fuese derribado del trono imperial por otro su hijo, y lanzado á una isla desierta. Por los mismos caminos, y arrastrado de ambición de mando, llegó Romano II á envenenar á su mismo padre; mas al poco tiempo murió también envenenado á traición. Miguel Plafagonio, valiéndose de amaños y perfidias, se apoderó del trono; mas al instante se apoderaron los demonios de su miserable cuerpo y lo po-

Miguel Balbo,

sus principios,

su lastimoso fin.

Teófilo,

Miguel III

Alejandro,

Romano I

Romano II

Miguel Plafagonio